

Habla una Madre que milita en "Acción Católica"

Queridas amigas, les hablo como una madre católica, y aún más, como una madre que milita en Acción Católica convencida en lo más profundo de mi conciencia sincera de la importancia de militar en sus filas, de lo que estoy orgullosa. La única cosa que hoy lamento es no poder hablar oficialmente en nombre de las mujeres de Acción Católica, de no haber sido enviada aquí por ellas. Sin embargo, estoy segura, sé que puedo hablar, si no en su nombre, por lo menos como muchas de ellas hablarían si estuvieran presentes, si, lo mismo que yo, hubieran tenido el valor de venir aquí.

He dicho valor, no por polemizar, pues no es hoy esa nuestra tarea; ni tampoco porque hablarles aquí, en esta atmósfera de profunda conmoción que nos vincula, que nos conduce a traer públicamente nuestro mensaje de paz y de amor, sea en sí un acto de valor, sino únicamente para que se den cuenta de que a veces el valor es necesario para romper una tradición, para franquear un prejuicio, para afrontar la realidad de cerca y ver su verdadero rostro.

Y el valor de venir aquí me lo han dado las experiencias que he vivido. Podría hablarles de mis vicisitudes familiares, decirles que vengo en nombre de mi hermana, que perdió a dos de sus hijos y no quiere ver morir al tercero, superviviente de la segunda guerra mundial.

Pero presiento que es más importante decirles que he venido a traer las esperanzas y la voluntad de paz de miles de mujeres de mi barriada, entre las cuales transcurre mi vida cotidiana.

Deseo recordar aquí, aunque sea para mí doloroso, a los 17 jóvenes guerrilleros florentinos, cuyos cuerpos pasaron ante mis hijos después de que los mataran. La impresión fué tan grande, que me desvanecí.

Fueron días terribles aquellos en que la guerra se abatió sobre la ciudad. Después, al vida normal recobró su curso, el sol brilló de nuevo en el cielo de mi bella Florencia. Fe-

ro las 17 madres de los jóvenes guerrilleros no volvieron a ver a sus hijos!

De todo ello quiero hablarles. Y hablar especialmente a todas las mujeres católicas, creyentes, religiosas, para decirles: sobre nosotras pesa una gran responsabilidad, una misión luminosa nos espera.

Hemos aceptado el principio divino que Cristo trajo a la tierra: amarnos los unos a los otros. Y a causa de él, no podemos estar ausentes allí donde se ofrece y solicita el amor recíproco.

Nuestro deber es estar presentes allí donde se quiere destruir la violencia e impedir el odio.

Allí donde se dice: discutamos pero no matemos, allí debe estar nuestro puesto. Allí donde se quiere derribar las barreras que separan a los hombres allí debemos aportar nuestra contribución, a fin de que ese objetivo sea realidad lo más pronto posible.

Por qué ha de dejarse a los demás la alegría, el mérito, el derecho de hacerlo?

Yo he oído decir muy a menudo que, donde tanto se habla de paz, de desarme, de neutralidad y de condena ción de la bomba atómica, se hallan los comunistas, los socialistas y todos aquellos que, a veces, se les llama los "hijos de las tinieblas". Yo lo lamento. Y estoy convencida de que sería muy justo y muy hermoso si, al contrario pudiera decirse q' donde se habla de paz y de fraternidad humana entre todos los pueblos nos encontramos nosotros, los católicos, en la primera fila.

Yo siento que nuestra responsabilidad es muy grande cuando permanecemos alejados de encuentros como éste, y no cuando participamos en ellos.

No debemos renegar de nada cuando participamos en estos encuentros. Aquí no he oído una sola palabra que ofenda mi profunda sensibilidad de mujer católica; al contrario, he hallado muchas razones para sentirme animada por una mayor, más emocionante dignidad de madre que ha su-

frido y ha vencido. Lamento de que a mi lado, compartiendo esta valiosa experiencia, no se encuentren todas mis hermanas de fe religiosa. Las echo de menos, dejan un gran vacío no sólo en mi corazón, sino en esta gran asamblea de madres.

Y también quiero decirles a ustedes:

Admiro enormemente a Santa Catalina de Siena, gran santa toscana, valiente mujer italiana. Fué ella quien hizo de lazo de unión entre la corte de Avignon y la de Roma, logrando que la sede papal volviese a la Ciudad Santa.

Y cada una de nosotras, mujeres y madres católicas, debe ser en menor escala una Santa Catalina, o sea, debe ser un elemento de unión, un medio de entendimiento y de comprensión, un instrumento de solución pacífica de los problemas que nos preocupan.

Unámonos, encontrémonos, madres católicas presentes aquí, para alentarnos recíprocamente en la acción, y, al volver a nuestros hogares, poder afrontar con más fuerza la tarea de derribar las barreras artificiales, unirnos sin desconfianza a todas las mujeres que buscan verdaderamente la paz y la seguridad para sus hijos, lo mismo que nosotras las queremos y las buscamos.

Y, en el cumplimiento de esta misión, en vez de responder con eventuales exhortaciones a la prudencia cuando se trate de vínculos que pudieran establecerse en nuestra colaboración con todas las mujeres, alentémonos para continuar el camino que nuestra conciencia nos indica ser el justo y, como dijo nuestra amiga suiza en la apertura de este Congreso.

**"QUE YO PUEDA LLEVAR LA LUZ
ALLI DONDE EXISTEN LAS
TINIEBLAS..."**